

Los nativos analógicos

Julio Montero¹

Resumen

Los que han nacido en un mundo analógico tienen cada vez más dificultad para subirse al único tren que circula. Sus cualidades, adquiridas con un esfuerzo de años, parecen perder su valor, mientras que los nuevos tiempos se tiñen para ellos de una insustancialidad insoportable para ellos. Se analiza con realismo y sentido del humor los ingredientes de la revolución digital y se hacen sugerencias para sobrevivir en un mundo superpuesto al del nacimiento de muchos profesores y padres.

Palabras clave

Nativos analógicos, nativos digitales, mundo digital, mundo analógico.

Abstract

Those who are born in an analogical world have more and more difficulties to get the only train is passing through. Their skills, acquired with effort along the years, seem to be useless. Thus, new age brings to them the unbearable insubstantiality. They do not like “the new”, they do not even know what is “the new”. This book analyses the digital revolution from a realistic and humorous point of view, and makes suggestions to survive in a pushing world different from the one many professors and parents belong to

Key words

Analogical native, digital native, digital world, analogical world

Todos los emigrantes tienen un país de origen; los digitales vienen del mundo de la analogía: son nativos analógicos. Los nativos analógicos son (somos) los nacidos bajo el signo de la mimesis, de la semejanza, del parecido. Para nosotros la semejanza entre el acto y sus resultados es una necesidad. Si no existe esa relación, nos cuesta entenderlo. Nos encontramos un tanto perdidos.

En nuestro modo de entender el mundo los ingenieros constituían una clase privilegiada: ellos sabían cómo funcionaban las máquinas y no se cansaban de explicarnos qué ingeniosos mecanismos convertían un impulso mecánico lineal en uno circular y qué tipo de dispositivos actuaban y en qué momentos. La electrónica apenas cambió las cosas: diodos, triodos y pentodos no eran más que nuevos dispositivos cuya funcionalidad y,

¹ Este texto es la reproducción del capítulo 4 del libro de Julio Montero *Adiós... analógicos*. Adiós, Madrid 2012. Un ensayo bienhumorado sobre la revolución digital. Agradecemos a editorial Rialp la autorización para publicarlo.

sobre todo, cuyo funcionamiento estaban claros: amplificaban señales, con más o menos fidelidad y en determinados entornos... Percibimos la electrónica por semejanza a la mecánica. No era exacto, en realidad no era cierto; pero recurrir a los artilugios físicos ayudaba a entenderlo por extensión. La célebre fórmula de la comparación desigual seguía funcionando: *esto* es como *aquello*, en realidad, es solo parecido. *Eso* era un algo electrónico y *aquello* era un artilugio mecánico, modesto, pero bien conocido. Para el bachillerato de entonces era más que suficiente. El resultado era un todo claro... y continuo. Se procedía del menos –del poco a poco- al más; hasta el perfecto funcionamiento.

La continuidad se situaba en una lógica que implicaba inicio, desarrollo y final. Los viejos televisores de válvulas empezaban calentándose y pasaban –a veces tras unos minutos- a funcionar de verdad. La expresión *calentar motores* da cuenta de este modo de entender la vida de las máquinas: un movimiento progresivo hacia el perfeccionamiento, hacia el buen funcionamiento.

El nativo digital ha crecido en otras lógicas, en otros modos de entender el mundo y el entorno más próximo que le rodea. La relación entre las acciones y sus resultados inmediatos y patentes mediante el uso de las tecnologías es el *interface*².

La palabra ya es nueva. Para los pobres nativos analógicos, ese umbral, en el que las acciones sobre la tecnología se transformaban en resultados que nos superaban, podía compararse a los bastidores de un teatro. Allí, mediante mecanismos bien conocidos por los especialistas, los técnicos conseguían las semejanzas que les requerían los directores de escena: humo –apariencia de humo-, paisajes –pintados, por supuesto-; y galopar de caballos mediante el golpear de cocos... Un asunto relevante: aunque se supiera cómo realizar cada uno de estos actos, con mucha frecuencia la habilidad del ejecutante tenía importancia. A veces, mucha importancia.

El segundo aspecto de toda aquella tramoya era que con frecuencia se identificaba con una tecnología. Y una tecnología se podía explicar, porque tenía una relación inmediata con la realidad y sus efectos, con la idea de semejanza.

Uno de los elementos clave del mundo digital es precisamente el profundo cambio que se ha producido en el *interface*. Podría decirse que estamos ante un cambio tan radical como el que se produjo –se empezó a iniciar- hace unos 10.000 años y condujo a nuestra primera y más radical revolución: la de la escritura. Y más específicamente ante aquella que se basa en el alfabeto fonético con vocales y consonantes y no en cualquier otro. Y conviene recordar que aunque tales alfabetos sean muy ingeniosos nunca pudieron abrir paso al mundo tecnológico y científico y filosófico y ético que desarrolló occidente a lo largo de los últimos 5.000 años.

Esta importancia primordial de la relación del usuario con el *interface* que posibilita la comunicación con su tecnología digital tuvo y tiene una manifestación externa: no era, no es, extraño ver a personas muy dignas hablar con su ordenador o su impresora. No son tontos. He sido testigo presencial de este diálogo entre mujeres y hombres de cultura bastante superior a la media y de inteligencia destacada. Es un intento de establecer una comunicación, que se sabe imposible, pero que no nos resignamos a dejar de intentar

²El *Diccionario de las tecnologías de la imagen* de la British KinematographSound and TelevisionSociety, Gedisa, Barcelona 1998, define el término *interface* como "Circuito que convierte la salida de un sistema o subsistema a una forma aceptable por el sistema o subsistema que ha de recibirla". El sentido con que se emplea aquí este término sustituye "circuito" por cualquier otro término todo lo amplio, genérico o ambiguo que se quiera. El término castellano interfaz es más concreto "Zona de comunicación o acción de un sistema sobre otro" (DRAE). Aquí prefiero ampararme en la amplitud semántica.

cuando fallan las instrucciones, que no hemos conseguido memorizar, o –más frecuentemente- ni siquiera hemos intentado aprender en el manual de instrucciones.

En realidad, es otra forma de no entender el lenguaje que se habla en el mundo digital. Y se actúa como se suele en esos casos: primero se balbucean las pocas palabras que se han aprendido malamente; al comprobar que no se entienden, uno acaba –o sigue- pronunciando despacio y en un tono más alto las de su propia lengua. La escena termina siempre con la desesperación del emigrante que no acaba de entender cómo no se comprenden sus palabras si se pronuncian de modo tan claro, alto y espaciado.

La revolución digital tiene una envergadura similar a la de la escritura en lo que a cambio radical se refiere. No es solo otro modo de comunicarse. Es otra lógica. Es otro modo de ver el mundo y su composición y funcionamiento. Para nosotros, los analógicos, esto no es más que un nuevo idioma que intentamos aprender, con todas las dificultades que implica para un nuevo hablante cuyo cerebro ya está orientado hacia otras maneras de entender y tiene ya unos esquemas de funcionamiento. Somos una panda de viejos que corremos tras un tren. Lo peor es que cuando lo hemos alcanzado alguien nos avisa de que el tren está ahora parado... y que el viaje continúa en otro que acaba de arrancar. De nuevo hay que dejar aquello en lo que nos habíamos establecido, ni siquiera acomodado, y volver a correr, cansados, hartos, hacia ese nuevo tren que no sabemos muy bien si nos gustará tanto como el que acabamos de abandonar. Corremos porque nos fiamos de quienes nos dicen que lo hagamos: no porque lo entendamos. No es extraño que ese continuo ejercicio acabe con nuestra paciencia... y con nuestras fuerzas.

Mi generación se acercó al ordenador como sustitutivo de la máquina de escribir. Hoy da vergüenza reconocer que profesores que imparten nuevas tecnologías y se presentan como expertos en este tema escribieron su tesis doctoral a mano y en vez de pasarla a máquina, utilizaron un *WordPerfect* en alguna versión que no tenía ni punto. Y pasaron por el calvario de hacer que sus textos se los mecanografiaran en ordenador, y luego pasarlos ellos, y más adelante intentar escribir directamente desde el ordenador empleando un guión que recogiera sus ideas fundamentales... y por último dieron el paso: empezaron a escribir directamente sobre el teclado sin saber exactamente cuál sería su primera palabra sobre la brillante pantalla del *PC*. Pero las cosas sólo acababan de empezar: llegó el correo electrónico y la *web* y todo pasó por ella. No hubo que viajar para consultar bibliotecas y todo quedó disponible a toque de clic. Desaparecieron también las colas ante los cines y se pudo escoger entretenimiento a la carta. Los satélites y los nuevos superconductores hicieron que el peligro de saturación se redujera y que la amplitud de la comunicación a partir de la red fuera potencialmente tan amplia como se necesitara.

Ser nativo analógico es un problema generacional. Ser emigrante digital es una opción libremente asumida. Por ejemplo, durante varios años –hace apenas nada- el vicedecano de nuevas tecnologías, de la facultad de derecho probablemente más importante de España, ni siquiera sabía utilizar *Word*. No importaba. Tenía capacidad suficiente como para que su *ordenador* particular le ordenara prácticamente todo: era un *ordenador* humano. Son los mejores ordenadores para los nativos analógicos. Además permite presumir de humanista y de confiar más en las personas que en las máquinas, como hacen las empresas de seguros en su publicidad.

Bien: esa generación de frontera fluctuante entre los mayores de 45 y 55 años se ha ido encontrando no sólo ante un nuevo código –como lo fue el alfabeto hace tantos siglos-, sino ante lo que el código supone. Desde luego, estamos ante un *interface* tan ancho, tan

poblado de obstáculos (subjetivos) que se nos ha presentado como una malla infranqueable. La zona de bastidores, la de la tramoya, es para nosotros tan complicada que somos incapaces de entender qué hay que mover para que se produzca el efecto deseado. Y sobre todo: no acabamos de entender que no es necesario saber cómo se produce el efecto, sino tener la capacidad de ver para qué otras cosas puede utilizarse el efecto más allá de su inmediata inmediatez. El modo de moverse, o de tropezar continuamente con los elementos del *interface*, es el criterio mejor para definir las diversas tribus de analógicos ante el desafío digital, no siempre superado.

La solución apocalíptica: la resistencia

Trabaja en una compañía que sólo podría triunfar en un mundo como el nuestro. Organizan la estructura informática de grandes eventos: campeonatos del mundo de cualquier cosa (desde esgrima hasta atletismo); que tienen lugar en cualquier parte del mundo (juegos panasiáticos, del Pacífico, panamericanos y panafricanos, simples olimpiadas donde toque cada cuatrienio...), dirigidos a cualquier tipo de participantes (paraolímpicos, de élite, miembros del ejército –de los ejércitos de casi todo el mundo–, empresarios que quieren hacer contactos jugando al golf) y que se celebran en viejas ciudades, o en urbes casi recién nacidas, o en las arenas del desierto de un jeque inmensamente rico, o en medio de los océanos...

Nuestro hombre es un auténtico especialista en bases de datos. Su destreza, su inteligencia y su dedicación permiten que una audiencia millonaria sepa –instantáneamente– en qué posición se ha de situar la marca del nadador que acaba de tocar el final de la piscina con la punta de su dedo. Y eso, aunque el deportista parezca un ser deforme, embutido en un bañador que recuerda a una botella de Coca-Cola. Nunca cosas tan importantes se emplearon para fines tan poco relevantes.

Pero el director técnico de esa empresa tomó una decisión hace muchos años. Nunca tendría un teléfono móvil. Desde una lógica absolutamente analógica, este resistente se niega a la integración en un aspecto tan básico: el de las telecomunicaciones. Su argumento curiosamente parece propio de un extraterrestre (y más en su ambiente de trabajo): la gente sabe que estoy en mi trabajo o en casa. En ambos lugares tengo teléfono de cable... y si no estoy allí, no quiero que nadie me interrumpa en mi descanso.

El teléfono móvil se percibe así como una cadena más que nos ata, primero, al jefe. Pero curiosamente lo peor es que nos deja sin defensa alguna ante cualquier ataque de los pesados normales... que son infinitos. Porque hay gente que no solo se empeña en trabajar en cualquier sitio y a cualquier hora, sino que pretende que el resto del mundo ha de hacer lo mismo para satisfacer y alimentar su demencia activista. Como si ser consistiera en hacer. Estos activistas del trabajo han fabricado a muchos apocalípticos del móvil. Gentes que quieren ser normales y que asumen plenamente que no quieren vivir para trabajar y dejar que una panda de estúpidos les estropee la vida.

Pero el apocalíptico radical no se limita a construir una trinchera para que se respete su vida y su personalidad. Eso es legítimo. Aquí se ha hablado del móvil; pero el móvil es cada vez más cosas: una conexión a Internet (otra cadena que nos ata con el jefe y los pesados... y eso sin contar el *spam*); una máquina de videojuegos; un artificio para resolver crucigramas... o para leer dejándose la vista en unos libros; o para aprender inglés... que

ésa es otra. En fin, cuanto mejor es el teléfono más gruesa es la cadena que nos une a nuestro jefe.

El apocalíptico se niega en redondo a la integración en lo digital: al menos, como principio. Desde luego la resistencia ofrece formas muy distintas. Hay gentes que se niegan en redondo a cualquier tipo de colaboración. Hay que tener la edad, la fortuna y el talento para hacerlo. A mí me lo confesó, tan tranquilo, mi director de tesis hace unos años. Llevábamos tiempo –mucho– sin vernos. Me citó en el Instituto de España que presidía entonces. Se había jubilado ya de la universidad, y me presentó, mientras abría los brazos ligeramente bajos y giraba la cabeza dejando que los ojos recorrieran la sala, lo que llamó su “nicho ecológico”. Nos reímos mientras nos sentábamos en unos sillones Luis XV y bajo unos cuadros de buena factura del siglo XIX. Buen retiro pensé, se lo merece. Pero no todos pueden permitirse esperar la muerte en tan excelentes condiciones.

La mayor parte de los resistentes se enfrenta a lo digital de manera limitada, tanto en la amplitud de su lucha, como en la intensidad de ella. Algunos son simples confidentes de fallos del enemigo; o informantes de nuevos pasos que intentan dar y sus consecuencias, que siempre se califican de atropellos; los más son simples renuentes. No les gusta lo digital y siempre comentan sus limitaciones y cómo sus soluciones son peores que las analógicas. Otros son comandos en plena actividad; pero son raros quienes no utilizan –al menos tácticamente– algunas de las armas del enemigo. Dicen que hay que acabar con ellos, pero saben que eso anuncia su batalla definitiva perdida.

Los primeros resistentes no quisieron dejar la máquina de escribir... y aquella fue su primera derrota: se jubilaron enseguida, o se integraron. La máquina de escribir fue la primera tecnología obsoleta por lo digital. Lo peor fueron las máquinas de escribir eléctricas: casi nacieron muertas. Todavía hay algunas en esos museos de la ciencia que son los departamentos universitarios. Los estudiantes, nativos digitales, que esperan su turno para hablar con el profesor las miran con asombro. Me recuerdan al hijo de unos amigos que me visitaron hace ya muchos años en casa. Teníamos un teléfono de dial que se arrastraba para marcar. El niño –hoy con más de veinte años y furioso nadador– al ver aquella máquina metía sus dedos en los agujeros y apretaba: en su casa ya no había aparatos tan viejos como aquel y para él marcar era apretar, no girar. Una curiosa forma de perderse en un *interface* antiguo.

La siguiente batalla de los resistentes radicales fue el ratón. Ratón y cursor. El *control F4* (así, con acento en la primera o) y sus compinches eran demasiado complicados. La seguridad, de la tecla heredada de su antecesora, la máquina de escribir, cedió paso a la maravilla de versatilidad del ratón. Hay que reconocer valentía a quien se atrevió a llamar así a un nuevo dispositivo. Los de *Canon* se negaron; pero a los de *Apple* les pareció original y lo convirtieron en la expresión de lo moderno por antonomasia. Hay que subrayar que jugaron con trampa, porque se aprovecharon del fondo analógico que latía entonces en todo hombre o mujer de mediana cultura.

A un movimiento de ratón le correspondía otro en la pantalla. Y el ratón fue la segunda trinchera de resistencia de quienes por entonces se pensaban su opción fundamental. Recuerdo aún cómo se reía mi hermano cuando me explicaba las dificultades de un editor –no muy mayor– para superar la dificultad analógica fundamental que suponía el dichoso dispositivo electrónico ratonil. Lo movía por su alfombrilla. Superaba los límites de ésta con preocupación, pero con confianza al ver que los resultados no se perdían. Pero su mano quedaba paralizada y agarrotada sobre el botón, como si al soltarlo se fuera a

producir una catástrofe, en el borde la mesa. Ahí la analogía destrozaba al recién iniciado: pensaba que el cursor caería indefectiblemente al pie de la pantalla (y quizá hasta se perdería) si el ratón se salía del tablero.

Se había producido la ruptura de la analogía geométrica: dos espacios, el físico y el de la pantalla, que parecían semejantes y proporcionados se mostraban manifiestamente diferentes, desemejantes y distintos hasta extremos no sospechados. Nunca estuvo mejor fundado el ancestral miedo y asco a los ratones.

Gentes hubieron que consiguieron mantenerse al margen de la digitalización con una excusa muy simple: las pretendidas facilidades de los ordenadores –entonces, la punta de lanza que englobaba las nuevas tecnologías- se esfumaban ante la real incompatibilidad entre los diversos proveedores. Tu podías tener claro que no había mejor tratamiento de textos que *WordPerfect*, pero si tus compañeros de departamento, de proyecto o de empresa, mayoritariamente, tenían *Word* o el de *Mac*, estabas tirado y condenado a cambiarte.

Y lo mismo pasaba con las bases de datos y los sistemas de navegación: en la convergencia –en realidad, unificación con aniquilación incluida- de Windows murieron los *dBase*, los *Netscape* y algunos más. Todo eso en una época en la que aún no había posibilidad de traducir un sistema a otro. El inconveniente era tan patente, por aquellos tiempos, que quienes se agarraron a aquel clavo ardiente, aunque sufrieran algunas quemaduras en su última etapa profesional –o convirtieran sus despachos en museos por anticipado- lograron jubilarse con dignidad. Hay que subrayar que algunos lo hicieron anticipadamente. Los bancos, sobre todo, fueron generosos con sus resistentes más recalcitrantes. *Mac* aceptó la integración y sobrevivió. Para entonces, los resistentes ya habían cumplido sus objetivos y vivían felices de sus pensiones (la mayoría), mientras una minoría lo hacía de sus bienes acumulados.

Ahora mismo resulta casi imposible imaginarse un mundo sin tablas *Excel*. Suman y restan; multiplican y dividen, y hasta hacen raíces cuadradas si se lo pides. Establecen relaciones entre elementos de un presupuesto y, según un amigo empresario, te permiten saber a cuantos clientes hay que llegar para obtener beneficios y en qué grado. Debe ser verdad porque a él le va muy bien. Si te vas al mundo de la investigación que exige tratamientos estadísticos vuelven a aparecer las tablas *Excel*, que puede exportar los datos a un *SPSS*. En fin, es increíble cómo hemos podido vivir sin ellas durante toda la historia que se extiende desde que apareció la escritura (alrededor del año 5.000 antes de Cristo) hasta hace apenas veinte años. Eludir las tablas dichas es otra de las trincheras últimas de los resistentes analógicos. Negarse a utilizarlas es un reducto; aunque siempre es provisional. *Excel* es así: sólo evitas caer en sus manos si la resistencia es total. Lo habitual es que un analógico resistente no tenga más remedio que acudir a alguien que le haga el trabajo sucio para no mancharse las manos con el veneno del programa de los cuadros maravillosos.

La trinchera más eficaz de los resistentes no está al alcance de todos. Pero hay algunos privilegiados que pueden plantar sus reales en un principio: no estoy dispuesto a aprender algo que solo me servirá para un poco tiempo. No quiero perder el tiempo en continuas actualizaciones. Me pasaré al ordenador cuando baste con hablarle normal, como se habla a las personas de carne y hueso para que haga lo que le pida. Nada de claves, nada de funciones, nada de interfaces. No aprenderé nunca un lenguaje nuevo, que no llegaré a dominar como el que ya hablo y escribo, que aprendan ellos (los ordenadores) a hablar el mío. Don Enrique me lo dijo con pleno convencimiento alrededor de 1985. Era un canonista inteligente y fino... hace tiempo que no le veo y no sé si mantiene la trinchera en

pie o ha cedido ante los programas de reconocimiento de voz. No era lo que él quería, pero sí un motivo suficiente para ceder.

Conozco a un editor, buen amigo, ejemplo de resistente radical. Su escritorio está limpio de pantallas y teclados. Un día repasábamos datos de tiradas y ventas. Imaginé –y eso que le conozco bien- que nos encontraríamos con la inevitable hoja *Excel*. Nada más lejos de la realidad. Me desplegó unas enormes hojas apaisadas divididas en columnas con cifras que recogían los datos que buscábamos, hicimos los cálculos (eran sólo sumas y restas, como casi siempre) y recogimos los tomos de tapas de tela verde. Desde entonces vamos sacando, poco a poco, una serie de libros ... y el editor, que está a punto de jubilarse, se ha mantenido en sus trece de analógico radical. Son pocos los que lo han conseguido como él.

La rendición: los integrados

El mundo académico se tambalea cada vez que un profesor universitario se acerca a su ordenador y entra en la *Wikipedia*. En las relaciones de los analógicos con las nuevas tecnologías ese momento es fundamental. El carácter profundamente radical de esta experiencia se aplica especialmente a analógicos procedentes del mundo académico. En estos casos el acontecimiento coincide con una decisión que nunca olvidará: la de su traición a una tradición acrisolada por los siglos. Es como un mordisco en los pechos del *alma mater*³. Es, en el fondo, la rendición ante la comodidad. Más exactamente: la renuncia a uno de los pilares sobre los que se apoya el rigor académico: nada más y nada menos.

No hay –no debería haber- excepciones en el rigor que se exige al cumplimiento de protocolos de seguridad, que se han acrisolado con el paso de los siglos en cada una de las áreas de conocimiento, tanto en las ciencias fisicomatemáticas, en las biomédicas, como en las sociales y en el mundo de las humanidades.

La epistemología, las epistemologías, aún vigentes comienzan a hacer las maletas cada vez que se produce este hecho. Es un retroceso más en una guerra que parece irremediabilmente perdida desde hace tiempo. Eso no quita que cada traición constituya probablemente la mayor patada en el trasero a los procedimientos académicos tradicionales... pero seguros.

Y es que la seguridad es un valor al que el mundo académico no puede renunciar. Hacerlo supondría, nada más y nada menos, que su liquidación; al menos tal como se ha venido entendiendo desde que nacieron las universidades. Tampoco el mundo de la investigación ajeno a la universidad puede prescindir de ella. La posibilidad de la falsabilidad –de la comprobación de que una afirmación hecha por un científico no es cierta por algún motivo- o de la seguridad –capacidad de una teoría para superar todas las pruebas que pretendan mostrar su falsedad- constituyen la base sólida sobre la que construye el conocimiento. Tiene que existir la posibilidad de que alguien pueda comprobar que las afirmaciones que hacen los investigadores son ciertas. Por eso hay que explicar en protocolos de obligada exigencia que las fuentes son reales y se encuentran donde se dice que están, que la metodología es la adecuada, que la discusión con las afirmaciones anteriores están bien planteadas, que las técnicas son efectivas.

³A pesar del empeño de ciertos periodistas (quizá lo consultaron en alguna web no bien informada, aunque la saque *Google* en primer lugar), el significado de *alma mater* no es alma madre o el alma de la madre. Significa más o menos madre nutricia, madre que alimenta.

Por todos estos motivos, y algunos más evidentes que afectan a todas las profesiones y no solo a los académicos e investigadores, se suele aducir que en la red, puesto que es una parte definitiva de las nuevas tecnologías, la información es poco fiable. Primero, porque cualquiera puede colgar lo que desee en una *web*. Segundo, porque en esas circunstancias, se rompe el principio fundamental de la transmisión del conocimiento: la confianza que generan determinados circuitos y medios de divulgación del conocimiento. Las publicaciones científicas y académicas y las revistas que toman y divulgan para un público más amplio lo que se afirma en ellas; así como la prensa generalista, en algunas de sus secciones (al menos, por ahora, en la llamada prensa de referencia) cuando ofrecen una novedad garantizan que es cierta. En último caso, las revistas científicas de primer orden presumen de un sistema de control de los originales que asegura su fiabilidad. Y sobre ésta se construye la de los demás medios.

En la red no existe aún una divisoria clara entre las informaciones científicas rigurosas y las afirmaciones apocalípticas de los diversos predicadores. No hablo ahora de los académicos que consultan las versiones digitales de las revistas académicas: éstos constituyen sólo un porcentaje mínimo de los usuarios de la red. Me refiero al amplio espectro de gentes que carecen de esta formación en el rigor, aunque tengan estudios universitarios (cosa, por otro lado, cada vez más frecuente). Y si no, que se lo pregunten a los médicos, que han de soportar en sus consultas las opiniones “sólidamente fundadas” de sus pacientes que han consultado sus síntomas en Internet y que vienen con un diagnóstico propio. Naturalmente la mayor parte de las veces han tecleado una palabra mal escuchada – o de difícil caligrafía médica en una hoja de resultados de análisis- y han pulsado *enter* en *Google*, que les ha remitido automáticamente a la *wikipedia* (o lo han buscado en ella directamente).

Hace años, para remover la conciencia de mis colegas historiadores ante el cine y la televisión, comencé a referirme a ellos como “los señores de la historia” en artículos de prensa. Frente a las versiones de la historia que presentaba el audiovisual y que llegaban a millones de personas, este grupo de académicos resistentes se negaba a prestar el menor interés a este fenómeno; sus libros apenas los leía la gente. Me parecía fundamental el diálogo. Quizá nos encontremos ahora en una situación similar y haya que establecer puentes para facilitar esa delimitación del rigor. Hay que recordar que los pasos han de darlos los viejos: los historiadores nos hemos tenido que acercar al cine; mientras los cineastas nos ignoraban cuando hacían una película de época. Los académicos habremos de viajar hacia la red para deslindar en ella fuentes fiables y no fiables. No serán los comerciantes los que se interesen por este problema.

Pero la red, Internet, no agota las nuevas tecnologías. Por decirlo de algún modo subsume a todas. Con todo, los integrados, los nativos analógicos que han decidido emigrar a lo digital con armas y bagaje, lo han hecho por sentido práctico. Los procesamientos de texto son más prácticos y útiles que cualquier máquina de escribir eléctrica de última (en el sentido estricto del término) generación. Un texto de un profesor universitario que se reconoce integrado (aunque con resistencias) nos ofrece un retrato aplicable a miles de situaciones similares, aunque no se reconozcan con la honradez de ésta:

“...necesito las nuevas tecnologías para todo lo que hago -ahora mismo estoy jugando una partida de ajedrez con el ordenador, como todos los días a esta hora-, pero a la vez las odio. Mi sueño, y en parte mi experiencia, es llegar a utilizarlas sin llegar a conocerlas. No me interesa su alma, y creo que aprender su lógica (...) supone perder la gran batalla que hay detrás de esto: quién es el amo y quién el esclavo; quién está al servicio de quién. Mi drama es que necesito estos artilugios y ellos lo saben. Cada ordenador, cada aparato, tiene una

forma distinta de hacerme la vida imposible. En mi despacho tengo cuatro enemigos: un *netbook* que en realidad es de mi mujer, y que utilizo poco, pero que ahora necesito para algo puntual; un *PC* desde el que te escribo, que es muy cortito el pobre, pero que, por lo mismo, tiene poca malicia; un *Mac* que me compré hace unos meses y que ha sido el mayor error de mi vida (...) y una impresora que me perdona la vida cada vez que imprime una línea. En fin, un infierno. Cada uno me hace la vida imposible de una forma distinta y sin embargo no puedo prescindir de ellos. A veces me pregunto qué *frankenstein* saldría de esta familia *monster* si consiguiera que se aparearan (todo se andará)."⁴

El punto de partida es claro: la rendición no se produce si no se percibe como necesaria e inevitable. No es una rendición por comodidad; es una decisión no meditada la mayor parte de las veces, impuesta por la mayoría de los que nos rodean en el ámbito profesional en que nos desenvolvemos. Algo parecido ocurrió cuando los bancos –en malévola alianza con empresas- se empeñaron en que debíamos abrir una cuenta corriente donde nos ingresaría nuestros salarios, porque sería más cómodo para nosotros. Y luego se empeñaron en que los pagos fijos de recibos imprescindibles –electricidad, teléfono, gas, agua...- se hicieran también mediante transferencia; lo mismo pasó luego con los prescindibles.

Nosotros empezamos con un modesto *PC* que tenía un tratamiento de texto: el sustituto ideal de la máquina de escribir era su excusa de introducción (salvo el pequeño defecto de que ocupaba cinco veces más por lo menos y pesaba más de diez). Al *PC* iba pegado una impresora. Tenía también múltiples ventajas. Las más importantes eran su elevado precio (en los inicios), la dificultad para encontrar repuestos adecuados (la diversidad de formatos era tan impresionante como la de sus modelos), su tamaño más que notable, especialmente al empezar todo esto en los despachos y hogares de los profesores universitarios no reluctantes; eso sin contar con sus más que evidentes limitaciones de funcionamiento y su casi infinita capacidad de pringarnos los dedos de negro primero y de los cuatro colores básicos después.

Respecto a la posibilidad de engendrar una nueva familia de máquinas, fruto de la generación entre varias de ellas, no es una simple posibilidad teórica, al menos en sus resultados. Las impresoras ya no son sólo eso. Tampoco lo son propiamente ni los teléfonos, ni los ordenadores, ni siquiera las *playstations*. Casi todos son casi todo. Siempre me ha llamado la atención que el cine y la ficción en general no hayan planteado esta posibilidad. Nuestras máquinas en revolución se limitan a fabricar otras, no a engendrarlas. Pero las máquinas siempre han sido híbridos. En realidad no debería sorprendernos la hibridación, porque la mezcla es lo normal en el mundo de los seres vivos. Las máquinas nos imitan en esto.

A veces he pensado que hay dos indicadores fundamentales para distinguir entre analógicos integrados por la fuerza y los traidores al mundo de la semejanza. Empezaré por el más extendido: la utilización impenitente del *Power Point*. Me limitaré a las explicaciones públicas porque ya hay gente que se monta sus diapositivas para degustación propia. Cuando veo en una iglesia una pantalla y un proyector no me cuesta salir inmediatamente por la misma puerta por la que he entrado. Siempre me temo lo peor: una musiquita, más cursi que un violín de nácar, y una serie de diapositivas de paisajes maravillosos que alternan islas, con playas y sistemas montañosos en previsible montaje con flores que estallan de color. Si a esto se añade una voz con consejos casi *zen* reforzados con letras que vuelan por efecto *flash* y componen palabras como paz, fraternidad, amor, el otro, la otra,

⁴Carta –en realidad e-mail- de Juan Francisco Fuentes, Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid al autor.

me miro, me miras, nos miramos..., ganas me dan de acudir a un siquiatra. Esta potencial presencia hasta en algunas homilías da idea de su capacidad de penetración y de la ilusión de modernidad que el medio puede dar a un mensaje. Ya lo decía McLuhan.

En fin, este luminoso sistema de exposición se ha convertido en obligatorio en reuniones profesionales para presentar planes, resultados, etc. No discuto su utilidad y, sobre todo, su comodidad. Caben también —y he sido testigo de ello— brillantes exposiciones en conferencias, clases y presentaciones con este sistema que enriquecen notablemente las palabras del profesor o conferenciante. Son ejemplos, gráficas, algunas citas orales, escritas o con imágenes, que añaden valor o que abren nuevas posibilidades al argumento que se desarrolla.

Aplicado a clases y conferencias, habitualmente, es un auténtico martirio para los asistentes que casi se ven obligados a leer un texto que el conferenciante les dicta de viva voz. Es inevitable un cierto complejo de que te están tratando como a un tonto. Parece que se escucha “por si no entendiera usted lo que le digo se lo pongo en la pantalla, por si se pierde, para que pueda volver atrás...”. Y el que pica siempre va por detrás de lo que está oyendo, a no ser que se olvide de la dichosa pantalla. Pero entonces ¿para qué demonios la encienden?

Hay cosas peores: una de las peores profesoras de mi facultad emplea este tipo de presentaciones con fruición. Sus alumnos pueden disfrutar de un sinfín de textos, fotos, y hasta de amplias secuencias de películas (cine *porno*, por-no-dar-clase), que les *comenta* con frases sin terminar y en las que es difícil saber si hay verbo principal y por dónde anda el sujeto. Se puede argüir que otra, de similar nivel, se ha cerrado en banda a emplear esa modernidad. Al menos esta última prepara materiales propios. Lo importante es qué hacen las mejores. Algunas lo emplean para enriquecer sus clases o para ilustrar con ejemplos lo que acaban de explicar. Como siempre, los instrumentos actúan como herramientas que se utilizan de manera adecuada o inadecuada, en función de la inteligencia y preparación de los usuarios.

En fin, el *Power Point* se presenta así como un *test* muy adecuado para valorar si quien lo emplea es un personaje que ha entendido la utilidad de las nuevas tecnologías y las ha incorporado a la medida de su capacidad. También aparecen teñidos de *tontuna* quienes no tienen nada propio que añadir y piensan que la pantallita y las proyecciones mostrarán su rostro oculto... y moderno. Son traidores analógicos... y encima tontos.

Me recuerdan una experiencia histórica. Una de las manías más persistentes entre la gentes de bien consiste en intentar utilizar los nuevos avances en el campo del entretenimiento para conseguir mejoras educativas. Como si entretenerse fuera la cabeza de puente de la masonería perversa y hubiera que purificar tan mal origen con un baño de cultura, para los pobres naturalmente. Ha pasado con el cine, con la televisión y también con la radio. En este caso una de las batallas culturales primeras fue difundir el esperanto — lengua universal artificial que uniría el pensar y decir de todos los hombres- a través de la radio. Siempre he pensado que la extensión y difusión de esta lengua, casi ninguna, estuvo motivada por ese empeñado error. No es que no quepa la cultura en estos medios: son y generan cultura. Otra cosa es su utilización descontextualizada. Esperemos que los estudiantes sometidos al *Power Point* corran mejor suerte en su preparación que las multitudes que iban a aprender esperanto.

El otro termómetro del grado de intensidad de la fiebre asimilatoria de los analógicos empeñados en pasar por digitales es la utilización de *blogs*. No tengo nada en contra de los *blogs*. Me parece que se han convertido en medio de expresión, comunicación y difusión de ideas y discusiones de gran interés. Hago esta declaración para que nadie me tache de viejo y de antiguo recalcitrante.

El *blog* utilizado como indicador de falsa integración digital solo debe aplicarse a los que lo usan como insignia de pertenencia a una federación cuyo deporte ignoran. Sería como presentarse con una camiseta de rugby para jugar baloncesto. Un grupo pequeño, pero influyente, de *blogueros* lo compone una secta: la de los aparentemente normales. Desde luego no todos son iguales. Un primer grupo lo conforman quienes hacen de su *blog* una ciudad amurallada que impide llegar a tratarles de manera personal. Se aíslan, paradójicamente, en el espacio público. Sus miembros guardan con empeño su intimidad. No hay modo de saber su teléfono, y menos su dirección postal, ni siquiera su dirección electrónica privada (que la tienen) que no sea la pública del *blog* que regentan.

Cualquier comunicación con ellos pasa necesariamente por su espacio público y se convierte en pública. El hecho no deja de ser una negativa a la posibilidad de ampliar la intimidad y una decidida opción por rodearse de todas las precauciones posibles para que nadie (es de suponer que tendrán su grupo de íntimos) pueda llegar a tratarles como personas sin pasar por el filtro controlado de lo público. Supongo que bien desarrollado daría para un capítulo de una serie de televisión sobre vampiros que conviven pacíficamente (salvo por las noches, claro), con sus compañeros de trabajo, vecinos, etc. Más honrado me parece el consejo que me dio un escritor español (Premio Cervantes) cuando le dije que me rondaba la idea de abrir un *blog* para colgar en él mis relatos de aficionado. Me dijo con austeridad castellana: mejor cómprese un bloc. Eso hice y no me arrepiento.

Otro grupo de falsos integrados son los que emplean el *blog* como terapia psicológica. Frente a los anteriores, que ocultan su intimidad, éstos gozan —o eso parece al leerlos— con la manifestación pública de sus filias y fobias (sobre todo estas últimas); con la publicación de sus conversaciones (al menos eso dicen, aunque habría que preguntar a los *retratados* qué grado de verdad); con la reproducción de sus fotos (de ellos... con otros y otras, naturalmente que tampoco saben que han pasado a ser públicos gracias al neurótico de turno que consideran amigo, aunque tampoco eso es preciso para que te *cuelguen* en su trozo público de ciberespacio). No se sabe qué pensar. ¿Será una venganza? ¿Será sólo parte de un tratamiento? ¿Sustituirán los insultos a gritos como terapia de escape? ¿Será ignorancia, sin más, de las consecuencias de estos actos sobre la vida de los demás? Esta agrupación de *blogueros* se ahorra dinero de siquiatra; probablemente se lo gastarán en abogados en un futuro próximo: en cuanto se dicte la primera sentencia de calumnia. Hay otra alternativa que aterroriza a los analógicos: que no haya posibilidad de vida privada y que eso lo decidan otros en vez de nosotros.

Una modesta modalidad de este modelo radical son los antiguos diarios íntimos ahora abiertos en la red. Hay que añadir que la apertura es teóricamente a todo el mundo; pero que en la práctica la cantidad tan enorme de espacios hace que sean relativamente privados. Incluso podría pensarse que también antes se escribían para que los leyera otros. Esta literatura juvenil (escrita por jóvenes) se continuó en ocasiones durante la juventud e, incluso, cuajó como desahogo o como afición. Conozco a una amiga que ha decidido poner en la red su diario de madre. No sé lo que opinará su hijo dentro de quince años; pero parece difícil que, salvo los amigos, se sepa que existe este diario. Lo interesante es

que lo que hace unos años se escribía en un cuaderno con tapas duras, ahora parece necesario ponerlo en la red. Mi amiga dice que por sus continuos viajes le resulta más fácil hacerlo desde la red. Entra en cualquier país en su *blog* y lo continúa tan feliz; pero resulta difícil pensar que un cuaderno no se pueda llevar en una maleta por muy pequeña que sea. Es la atracción de la red supongo. Quizá la necesidad de disfrazarse de moderno.

En un orden más modesto se sitúan quienes deciden contarnos, por ejemplo, sus viajes. Son normalmente amigos. Sus giras no es que sean nada del otro jueves. Son viajes normales. Estos *blogs*, por lo que cuentan los interesados en cuanto te descuidas (y se apresuran a darte la información precisa para que entres) son muy abundantes... y muy poco visitados. Son espacios tan cerrados en la práctica que a nadie importan. Apenas un grupo de amigos que comparten así sus fotos y experiencias como lo harían en una tertulia. Es una ampliación, controlada por el desinterés de los demás, del círculo de amigos de antaño quizá separados físicamente por las circunstancias de la vida.

Los nativos digitales se toman las cosas de otro modo. La hermana de un amigo ha abierto un *blog* bien sencillo y de éxito: ha decidido ensayar nuevas formas de preparar galletas y eso le ha llevado a abrir sus experiencias a otros con el mismo interés. Los interesados (enseguida ha cundido la noticia) hacen sus aportaciones a los demás: más o menos jengibre, en qué momento se ha de poner, cómo tostar... Es dar un grito en la red en busca de ayuda y de colaboración. A los digitales esto se les ocurre como primera opción..., los pobres analógicos piensan desde su mente dependiente de la semejanza. Al final se les ocurre hacer lo que ya hacían antes y disfrazarlo de moderno: ir al psicólogo, aislarse en su casa, escribir un diario íntimo, o contar a sus amigos sus viajes alrededor de unas cañas y unos vinos.

Powerpoints y *blogs*: dos indicadores de falsa integración. Pero volvamos a la rendición. Cuando se produce, uno siempre procura conseguir las mayores ventajas de su situación. Mi amigo, el profesor de historia –buen jugador de ajedrez-, encontró enseguida una: podía disponer de un rival, siempre que quisiera, y con el nivel de juego que él deseara, para distraer sus ocios con su afición favorita (después de ver ganar al Barça). Otros compañeros de departamento hicieron lo mismo. La mayor parte empezaron por escuchar sus canciones favoritas en su ordenador; luego pasaron a las películas... Ahora es difícil distinguir entre los “integrados por no haber más remedio” y los conformados, y hasta felices, con su situación de prisioneros en un *gulag* digital, que tiende a parecerse cada vez más a *Matrix*. Lamentablemente es una realidad y no una ficción; o lo que es lo mismo, nuestro mundo digital próximo es más cutre y menos luminoso que los fuegos artificiales digitales de cualquier pantalla gigante que nos anuncian cualquier nuevo aparato que nos hará irremediamente felices.

Pero la rendición no es un problema de académicos. Las gentes cultas y los universitarios todos no tienen tanta importancia numérica, que es lo que busca cualquier mercado y el universo digital es eso antes que cualquier otra cosa. Lo importante es saber por qué se rindieron otros sectores amplios de la población. Los empleados de banco lo tuvieron claro: rendición o jubilación. Los funcionarios españoles en sus escalas más diversas hicieron todo tipo de cursos con distinta suerte respecto a la integración efectiva; pero con el barniz suficiente como para sobrevivir, bien por méritos propios, o por el de los sindicatos, que los protegen de cualquier forma de ineficacia que los deje en evidencia frente a los demás.

Los colegios fueron el otro frente por el que avanzaron las nuevas tecnologías de la información a ritmo de trompetas. Los privados lo tomaron como bandera de modernidad y alta preparación. Nadie cayó en la cuenta de que algo ofrecido a niños no podía tener un alto nivel de nada; pero manifestó bien un hecho: la informática (eso eran entonces las tecnologías digitales) no era un saber, se parecía más a una lengua moderna. Eso presentaba muchas ventajas. La primera es que si se buscaba a los profesores adecuados los avances de los pupilos serían espectaculares. Todos los que han de aprender una lengua que no sea la nativa en academias y centros de enseñanza especializados comprueban desesperados y envidiosos un fenómeno que les desespera: largas listas de palabras que, a los maduros *treintañeros*, les llevan horas y horas de memorización, mientras que a los insensatos adolescentes se les pegan sin problema y sin estudio.

La segunda era que casi cualquiera podía ser un profesor adecuado en aquella época. Luego todo cambiaría; pero tardó lo suficiente como para permitir el negocio durante casi una década. Y diez años es un tiempo que en el mundo de los negocios es suficiente para hacer una fortuna; aunque para los historiadores apenas tenga importancia. Pero volvamos. Era tan poco lo que se enseñaba de informática que cualquier adulto que supiera torear niños estaba en condiciones de aprenderlo y transmitirlo. La magia de las máquinas recién instaladas y perpetuamente pasadas de moda ayudaba a disfrazar las deficiencias.

Lo importante no fue que los estudiantes de primaria y secundaria aprendieran los rudimentos de informática; lo clave fue que muchos de aquellos profesores improvisados lo hicieron. Así se multiplicaron las filas de integrados digitales, pues sus alumnos ya eran nativos de aquello sin saberlo. Muchas veces su integración digital era puramente aparente, pero lo importante es lo que parece y lo que se contesta a las encuestas. Ese salto fue clave, porque permitió crear un estado de opinión que aunque no tenía mucho que ver con la realidad, manifestaba que la tendencia hacia una nueva sociedad radicalmente apoyada en las nuevas tecnologías no solo era inevitable, sino una realidad emergente, ante la que había no solo que rendirse, sino integrarse como uno más. Y allí estaban ellos, como profetas de unos nuevos tiempos y como unos colaboracionistas cobardes.

Ya he puesto antes algunos ejemplos de este proceso. En la medida en que lo asumieron los gobiernos, sus ministerios de educación (que en esta tarea deberían haberse llamado realmente más de instrucción que de educación; pero ya nadie se detiene ante estas distinciones que se consideran sutilezas de filósofos o, en su defecto, de semióticos) se lanzaron a modernizar a sus gentes del modo más barato que encontraron y, además, pudieron hacerse fotos en aulas con pantallas y teclados. Para los políticos era una ventaja sin inconvenientes. Se compraban unas maquinitas y quedaban como apolos de la modernidad y de la preocupación por la educación de las masas.

Probablemente fue la ofensiva más definitiva y eficaz que se ha producido en nuestra época a favor de la integración digital. Ha creado millares de integrados en el conjunto del mundo occidental, especialmente, en Europa. Son, normalmente, no sólo traidores a la causa analógica, sino eficaces apóstoles de la ofensiva digital. Eso no significa que sean expertos en nuevas tecnologías. Sólo son partidarios de ellas. Dicen frases en las que no está claro qué es sujeto y qué predicado. Lo único que no ofrece dudas es que hay una palabra nueva en inglés en cada una de sus afirmaciones en pro del avance de los servicios integrados, de una mayor rapidez en las comunicaciones, de una mayor extensión de las redes, del crecimiento de la capacidad de trabajo de un procesador o de almacenaje y reproducción... y sobre todo allí encontramos el anuncio continuo de un nuevo mundo en

el que todo será más fácil, más rápido, más limpio. Parecería que el fervor por la ciencia de finales del siglo XIX se hubiera trasladado ahora a las nuevas tecnologías de la comunicación. Era el signo del final del siglo XX, y como en la mejor época del positivismo ingenuo, sus apóstoles eran los maestros en los colegios; y los mayores escépticos, curiosa coincidencia también, los expertos en redes y en informática. El día menos pensado nos vuelven a contar la historia del maestro de pueblo francés que viajaba en tren. Abroncó sin empacho a un pasajero por actuar como un supersticioso, porque musitaba en voz queda el rosario durante el viaje. El viajero era Pasteur. Algo casi idéntico he podido presenciar no hace mucho entre un autodenominado semiótico, que no sabe encender un ordenador, y un experto en arquitectura de computadores.

Pero la revolución tomó cuerpo definitivo cuando el empeño en educar en nuevas tecnologías pasó de las nuevas a las viejas generaciones. En este proceso, la primera victoria fue el correo electrónico. Especialmente las mujeres que habían escrito cartas durante toda su vida, y a las que ahora no contestaban sus nietos, se pusieron ante los teclados en alguno de los múltiples centros de tercera edad y aprendieron a enviar *e-mails*. Para ellas fue como un nuevo aprendizaje de la escritura. Y se limitó solo a eso: apretar la tecla de encendido de su ordenador –preparado por sus nietos para iniciarse con la *web* de su servidor- abrir nuevo correo, escribir y enviar. No era mucho, pero las ancianas estaban contentas y aquello les parecía una maravilla: sin sobres, sin sellos e inmediato.

El otro bloque de integrados fueron los emigrantes, los de verdad, los que están trabajando en un país muy lejano del suyo de origen (o lo suficientemente lejos). Para ellos la revolución no fue el e-mail. A veces no podían escribir o no podían hacerlo en la lengua del teclado de su país de destino. Tampoco tenían tiempo, ni ordenador, ni línea *ADSL* contratada. Había que acudir al establecimiento especializado, normalmente regentado por un connatural. Allí se desarrolló el *skype* más que entre los grandes ejecutivos para los que había nacido.

No conozco a ningún profesor universitario que utilice habitualmente este procedimiento para conectar con colegas de otros países o continentes. No es extraño, porque añade en realidad pocas novedades prácticas a una conversación telefónica. Además, la imagen que nos da la pantalla no está sincronizada normalmente con la voz. Desde luego es gratuita para quien tiene un ordenador y línea para conectar, lo que no es poco. Las cámaras y micrófonos suelen venir incorporadas a los equipos actuales y el programa mismo se descarga sin costo de Internet. Yo mismo lo he usado en un par de ocasiones y debo reconocer que el teléfono hubiera jugado un papel similar salvo el precio: fueron dos largas conversaciones sobre suscripciones a revistas electrónicas para la biblioteca de ciencias sociales de una universidad naciente. Lo que interesa subrayar es que la integración digital se ha extendido por los grupos sociales más debilitados económicamente y con más dificultades de integración: los inmigrantes.

Pero lo importante es que tanto las abuelas como los emigrantes no constituyen una nueva especie de integrados. Explotan las nuevas tecnologías de la comunicación en beneficio propio en aspectos concretos, pero no se incorporan a su mundo. Si se me apura diré que las emplean como nuestros padres descubrieron y emplearon las duchas y bañeras en los años cincuenta, sesenta y setenta: siempre que fueran emigrantes del campo a la ciudad en España y se metieran a vivir en alguno de aquellos pisos de las ciudades dormitorio de aquel entonces. Pasaron del corral al cuarto de baño, eso sí: alicatado hasta el techo, sin solución de continuidad. El descubrimiento de la ducha y su generalización no pasó de una consecuencia que hoy celebran los fabricantes de *geles*, champús y jabones:

gastamos en ellos tanto dinero como el resto de Europa junto. Me temo que el correo electrónico y el *skype* no han arrasado tanto. La compra solo la hacen por Internet los jóvenes solteros de nivel medio y medio alto, que viven solos y son económicamente independientes: una minoría insignificante.

Pero no hay que engañarse. La resistencia está condenada al fracaso en una generación, como mucho, en dos. Algo parecido a los suscriptores de los periódicos de referencia: cada esquila es un suscriptor menos. Quizá se pierda con dignidad y poco a poco, pero la derrota parece inevitable en este aspecto. Las nuevas tecnologías no pueden dejar de ir con los nuevos tiempos: ha pasado siempre... y pasa ahora. Es un consuelo para los resistentes.